

Druidas y Dryades en la sociedad celta.

Arturo Sánchez Sanz
Licenciado en Historia (UCM)
Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad (UCM/UAM).

RESUMEN. Para conocer la controvertida historia de los druidas en el mundo céltico, indagaremos en las fuentes sobre su origen, gracias a relatos de textos clásicos y leyendas medievales de la Galia, Bretaña o Irlanda. Su papel dentro de la sociedad celta sobrepasaba el ámbito religioso, abarcando la guerra, la política, la medicina y la Ley. Casi desconocida es la participación de las mujeres en esta institución.

Palabras clave: Druidas, dryades, sociedad celta, galos, Irlanda, Britania.

ABSTRACT. For know the controversial history of the Druids in the Celtic world, will investigate the sources of its origin, through stories of classic texts and medieval legends of Gaul, Britain and Ireland. His role in Celtic society surpassed the religious sphere, covering war, politics, medicine and the law. Almost unknown is the participation of women in this institution.

Keywords: Druids, dryads, celtic society, gauls, Ireland, Britain.

I. INTRODUCCIÓN

Si existen figuras que han calado en el imaginario colectivo durante generaciones, sin duda una de ellas es la de los famosos druidas, quienes, a través de los siglos e incluso de los milenios han cautivado el pensamiento de entendidos y profanos a pesar de lo poco que se sabe a ciencia cierta de ellos. No pretendo, en ningún caso, abordar aquí el tema de los druidas en toda su extensión, ya que ello sería una tarea ardua y complicada que ya muchos autores, ampliamente versados en el tema, han tratado en diversas obras como las que aparecen en la bibliografía de este trabajo. Muy por el contrario, sólo espero arrojar algo de luz sobre la realidad sobre tan importantes personajes de la manera más clara y objetiva posible, ya que, si una cosa es cierta, es que los druidas eran toda una autoridad en la cultura celta, cuyo poder y atribuciones no se limitaban únicamente al ámbito de la religión, sino que también abarcaba los campos jurídico, educativo, social, e incluso político.

Pero, desde que aquellos desempeñaran sus funciones en época antigua, no fue hasta el Renacimiento y más tarde con el Romanticismo hasta nuestros días, que su

figura fue redescubierta y rodeada de un halo de misterio y magia que nos ha transportado una visión ciertamente confusa y alejada de la realidad en cuanto a su verdadero papel en la historia, el cual, a pesar de los intentos de los diversos estudiosos de la materia, parece que aún estamos lejos de comprender en toda su magnitud, si es que algún día llegáramos a saberlo con certeza. Así, nos han sido presentados como magos, brujos o hechiceros de oscuras artes que, poco menos, han alcanzado el grado de leyenda, al haberse enraizado con la más ancestral superstición folclórica europea (en parte gracias a figuras como la del mago Merlín, pero también a los propios mitos y leyendas célticos) a partir de los escritos medievales donde por influencia cristiana ya fueron presentados al mundo como hechiceros o brujos paganos (términos más peyorativos que el de druidas), y cuya visión fue alterándose y desacreditándose a lo largo de la historia hasta nuestros días.

A pesar de lo cual, los grandes avances que se fueron produciendo en el conocimiento del mundo céltico, y las corrientes románticas, contribuyeron enormemente a la aparente recuperación del druidismo, aunque no fuera en su verdadero significado, ya que dicha recuperación les llevó a un proceso de mitificación en el que se les convirtió en personajes con poderes sobrenaturales, muy al estilo de los textos cristianos medievales. Pero, por encima de todo ello, para entender a los druidas tal vez haya que conocer primeramente el contexto en que vivieron y se desarrollaron (como todos los pueblos de origen indoeuropeo, los celtas demostraron tener, no sólo un rígido sistema social, sino también un excelente concepto de las tareas sociales), para a partir de ese punto, extraer del mito y la leyenda lo que de cierto podemos saber de ellos.

II. FUENTES DEL DRUIDISMO

Existen pocos temas que hayan suscitado tantas leyendas y mitos como lo han hecho los druidas y por ello, para un conocimiento algo más profundo acerca de la realidad de estos personajes y su relevancia, pocas fuentes pueden considerarse fiables a la par que nos aportan cierta cantidad de datos relevantes que se extienden más allá de los tópicos repetidos hasta la saciedad que nos han transmitido diversos autores y obras. Así, no contamos con ningún texto céltico como tal que nos hable o revele aspectos de sobre los druidas, pues que sepamos, estos relegaron la escritura para transmitir sus enseñanzas a través de la palabra (a la cual atribuían poderes mágicos), por tradición oral (para ellos, la poesía no era sólo un recurso literario, sino también mnemotécnico ya que de esa manera intentaban fijar los detalles de las historias en sus memorias, por lo que nunca usaron la escritura ni como medio ni como fin de sus enseñanzas), por lo tanto no se debía ello a que fueran iletrados, ya que los celtas continentales usaban el griego en muchos de sus escritos. Por tanto, los pocos textos que nos han llegado de la mano de los celtas han sido extraídos principalmente de inscripciones (funerarias, etc. que normalmente sólo incluyen el nombre del difunto, el de su padre, a veces un título o localización y raras veces un verbo) y están escritos en griego (e incluso a veces en etrusco o latín).

Sobre las fuentes clásicas, algunos autores griegos nos dan diversos detalles sobre estas figuras tan relevantes, pero principalmente contamos con textos romanos como fuentes más antiguas y cercanas a la época en que estos desarrollaron sus actividades dentro de la sociedad celta, tanto en la Galia como en Britania, Irlanda, etc. (según Heródoto se extendían desde las Columnas de Hércules hasta el Danubio en el s. V a.C. y hoy existen autores que nos hablan de la posible llegada una especie de pueblo “protocelta” a dichas regiones alrededor del II Milenio). No será hasta época medieval

(entre los s. VIII-XV) cuando las leyendas y mitos célticos transmitidos tradicionalmente de forma oral, serán recogidos de forma escrita de la mano de clérigos galeses y sobre todo irlandeses (aunque se dice que ya en el s. V d.C. el propio San Patricio, durante su predicación en Irlanda y tras sus enfrentamientos con diversos druidas de aquella zona, quemó personalmente 180 libros irlandeses escritos en celta¹, como ejemplo para que los cristianos destruyesen cualquier escrito druídico que encontrasen), pero siempre alterados a conveniencia de la visión que los cristianos quisieron transmitir acerca de sus prácticas y creencias con la finalidad de dejar patente lo pagano de estas ante el mundo, a la vez que se extendía el dogma de considerar a los druidas como magos, brujos o hechiceros dentro de esa visión y mensaje que se quería transmitir con la intención de acabar con las tradiciones celtas pero que, paradójicamente, nos han proporcionado abundantes datos sobre ellos para rescatarlos del olvido al que habían sido condenados.

Así, el papel desempeñado por el cristianismo en Irlanda fue decisivo en lo que respecta a la dirección de los cambios que se produjeron en la isla durante ese periodo, ya que en poco tiempo los celtas dejaron de ser una población “iletrada”, de costumbres y creencias paganas, para convertirse a la nueva religión que triunfaba en el este, adoptando la escritura pero pagando por ello el precio de la pérdida de su oralidad (incluso con la llegada del cristianismo, muchos druidas comenzaron a fundirse con la nueva cultura, algunos se convirtieron, incluso, en sacerdotes de la nueva religión y continuaron existiendo como una clase intelectual de la misma manera). Los primeros irlandeses en aceptar el cristianismo fueron también los primeros en alfabetizarse, hasta el punto de que ellos mismos se reunieron para erigir pequeños núcleos monásticos, básicamente aldeas, en los que habrían de desplegar sus habilidades intelectuales ligadas a la escritura y despreocupados por la ortodoxia del pensamiento los monjes introdujeron en sus bibliotecas todo lo que les caía en las manos (textos grecolatinos, etc.) e incluso llegaron a traducir algunas obras a su propia lengua celta o incluso elaboraron textos en base a su propia literatura pagana de tradición oral. Entre dichos textos había canciones, proverbios, genealogías y tradiciones locales, pero sobre todo obras mitológicas y leyendas, las cuales, a pesar de que en algunas ocasiones fueron puestas por escrito en fecha bastante tardía, recogen y conforman la auténtica herencia celta irlandesa. Los principales manuscritos medievales irlandeses que incorporan las leyendas de los dioses y héroes de la isla, tanto por su antigüedad como por la riqueza de su contenido, son el *Lebor na huídre* (“Libro de la vaca parda”), redactado a principios del siglo XII, y el *Lebor Laiginn* (“Libro de Leinster”), de mediados del mismo siglo; aunque los especialistas consideran que dichos relatos son, lógicamente, de época muy anterior.

Sobre dichos textos, disponemos de varios fragmentos que contienen distintas versiones de cada relato, donde cada una de ellas presenta pequeñas variaciones lingüísticas y de contenido, lo que ha llevado a afirmar la pervivencia de una misma historia o leyenda a lo largo de los siglos y su reiterada puesta por escrito (ya bien desde la propia tradición oral o desde otra versión manuscrita preexistente), puesto que, comparándolos con los restos materiales de la Irlanda pagana que aporta la arqueología, se ha indicado que el mundo que aparece reflejado en los relatos de los manuscritos pertenece en esencia a la Edad del Hierro irlandesa.

De modo que, el conjunto de las antiguas leyendas irlandesas ha sido agrupado por los comentaristas actuales en cuatro grandes ciclos a la manera de la antigua

¹ Ello aparece mencionado en la obra *Leabhar Buidhe Lecain* (“Libro Amarillo de Lecan”), compilado c. del 1.400 d.C. por Giolla Iosa Mór Mac Firbis y que contiene textos aún más antiguos como una obra de Benigno del s. V d.C. llamada *Leabhar nag Ceart* (Libro de los Derechos).

literatura griega: el primero de ellos es el Ciclo Mitológico, donde se narran algunos de los conflictos bélicos que se dieron en la Irlanda primordial a raíz de las diferentes invasiones que sufrió la isla por parte de diversos pueblos, entre ellos los famosos *Túatha Dé Danann* (“tribus de la diosa Dana”), hasta la llegada de los goidelos, también se incluyen en este ciclo los *immrama* o “navigaciones” a las que determinados personajes o héroes se sometían hasta alcanzar el Otro Mundo irlandés, algunos de los relatos más destacables de este ciclo son el *Leabhar Gabhála* (“El libro de las invasiones”), el *Cath Maige Tuired* (“La segunda batalla de Mag Tuired”) o el *Imram Brain* (“La navegación de Bran”); el segundo es el del Ulster, el cual recoge las hazañas bélicas del héroe Cu Chulainn y del resto de paladines ulates durante el gobierno del rey Conchobar sobre la provincia del Ulster, constantemente enemistada con el resto de las provincias irlandesas, dentro de este ciclo destaca la *Táin Bó Cúailnge* (“El robo del toro de Cooley”), junto con la *Mesca Ulad* (“La embriaguez de los ulates”), el *Serglige Con Culainn* (“La postración de Cú Chulainn”) o la *Fled Bricrend* (“El festín de Bricriu”); el tercer gran grupo de leyendas se recoge en el Ciclo de Leinster, también conocido como Ciclo de Finn o Ciclo Osiánico, en estos relatos se narran las aventuras del gran héroe Finn mac Cumail y su grupo de guerreros, de entre estos relatos destaca la *Acallam na Senórach* (“La conversación de los ancianos”); el cuarto es el Ciclo de los Reyes o Ciclo Histórico, pues en él se recogen varios relatos protagonizados por personajes, reyes en su mayoría, que poseen cierto trasfondo histórico, destacando el *Togail Bruidne Dá Derga* (“El ataque a la casa de huéspedes de Dá Derga”).

Dicha agrupación en ciclos ha favorecido la comprensión del complejo mundo mitológico y legendario que crearon los antiguos habitantes de la isla, cosa que jamás pensaron hacer los poetas irlandeses, seguramente porque el resto de la población conocía perfectamente los nombres de sus dioses y héroes legendarios. Pero ello no quiere decir que no fueran agrupados de algún modo, independientemente de si su trama giraba en torno a un lugar o héroe determinado, sino en función de su temática, creando ello un número muy elevado de arquetipos o series narrativas a memorizar, lo cual demuestra el hecho de que, dentro del grupo de los poetas, los miembros de la clase intelectual druidica debían conocer 350 historias agrupadas en no menos de diecinueve series argumentales que nos son conocidas gracias a dos listas (llamadas A y B) incluidas en manuscritos que probablemente se remontan a un original del s. X. Estas son: las *togla* (“ataques”), las *tána* (incursiones a provincias vecinas para adueñarse del ganado), los *tochmarca* (galanteos para cortejar a una mujer), los *catha* (“batallas”), los *uatha* (escondrijos con objeto de ocultarse), los *immrama* (“navigaciones”), las *oitte* (muertes violentas), las *fessa* (“festines”), las *forbassa* (“asedios”), las *echtraí* (salidas en búsqueda de aventuras), los *aithid* (fugas de amantes), los *airgne* (“asesinatos”), los *tomadma* (“inundaciones”), las *físi* (“visiones”), las *serca* (“amores”), las *sluagid* (expediciones militares), las *tochomlada* (“invasiones”), las *coimperta* (concepciones y nacimientos) y, en último lugar, los *buili* (“enloquecimientos”). Pero no cabe duda de que a través de dichos textos y siempre teniendo en cuenta lo anterior, se pueden extraer numerosos y valiosísimos datos acerca de esta cultura, sus costumbres y la figura de los druidas, que viene a complementar sino a rebatir o a apoyar los datos aportados por las fuentes clásicas.

Entre los autores griegos que mencionan a estos personajes encontramos a Aristóteles (s. IV a.C. en sus referencias al sacerdocio celta, aunque se cree que su obra *Magicus* no fue escrita por este sino por un autor anónimo del siglo II a.C.) o a Diógenes Laercio (s. III d.C. en *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* donde hace referencia a sus fuentes y habla de Epicuro, Sólon de Atenas, Pisandro de Corinto o Sotión de Alejandría) pero serán más abundantes los textos

romanos como los de César², Diodoro de Sicilia³, Estrabón⁴, Pomponio Mela⁵, Lucano⁶, Plinio el Viejo⁷, etc. siempre teniendo en cuenta la opinión sesgada y partidista de dichos autores, ya sea porque los griegos no olvidaban la amenaza al templo de Apolo en Delfos (279 a.C.) que protagonizaron los celtas o porque los continuos enfrentamientos de estos contra los romanos hicieron que sus autores nos transmitieran una visión de este pueblo bárbara y belicosa.

III. EL ORIGEN DE LOS DRUIDAS

Cuando piensan en un druida, la mayoría de las personas se forman la imagen de un anciano con barba blanca y una túnica a juego, quizá con un bastón y una enigmática sonrisa. Este es el arquetipo de druida que nos ha llegado a través del mito y la ficción, pero si pretendemos entender correctamente quienes fueron los druidas y cuál fue su papel en la historia y sociedad celta, debemos primero referirnos, aunque sea brevemente, al contexto en que vivieron y se desarrollaron, dentro de la cultura celta. Según determinados estudios arqueológicos, lingüísticos y en base a lo que nos cuentan algunos autores clásicos, los celtas eran un pueblo de origen indoeuropeo foráneo al ámbito geográfico que actualmente conocemos como Europa, donde se asentaron en diversas zonas a lo largo del siglo V a.C. (se ha estimado que en la Edad del Hierro un nuevo pueblo de origen externo se asentó en las zonas de la actual Europa que los autores clásicos señalaban como lugares de asentamiento de los pueblos célticos, pero pocos autores se aventuran a hablar estrictamente de celtas antes de este periodo), poblando Centroeuropa desde el alto Danubio hasta el Loira y mas allá hasta la península Ibérica o las islas noroccidentales; aunque es posible que determinados grupos con elementos célticos llegaran a zonas de la Europa occidental incluso mucho antes, participando, junto a itálicos e ilirios, en la rápida y espectacular expansión del s. XIII a.C. llevada a cabo por la Cultura de los Campos de Urnas.

Así, durante los siglos IV y III a.C., tras un periodo de prosperidad que se tradujo en un posible aumento significativo de la población, parece que los celtas ampliaron sus territorios entrando en conflicto directo con sus grandes rivales del Mediterráneo. Sobre ello, diversos especialistas propusieron un sistema de clasificación para los celtas en base a, no sólo su evolución histórica y sus rasgos culturales, sino también, en función de las características de sus respectivas lenguas, la goidelica y la britónica. Como resultado de ello se distinguirán dos grupos célticos conocidos como los goidelos (*goídil*) y los bretones; los cuales se cree que emigraron a las islas occidentales desde el continente, aunque es posible que los goidelos lo hicieran mucho antes que los bretones (que parece lo hicieron durante la Segunda Edad del Hierro), siendo absorbidos por estos a su llegada por el empuje de la cultura britónica (excepto en Irlanda, donde la población celtica más antigua logro preservar buena parte de su identidad) en dichas zonas, cuyo control mantuvieron hasta la llegada de los romanos y de las invasiones bárbaras.

En lo que respecta a los druidas, las referencias más antiguas que conocemos proceden del siglo II a.C. (si descartáramos a Aristóteles), en menciones a unos

² *Comentarios a la guerra de las Galias VI, 13-14.*

³ *Historia V, 31, 2-5.*

⁴ *Geografía IV, 4, 4.*

⁵ *Corografía III, 2, 18-19.*

⁶ *Farsalia I, 454-462.*

⁷ *Historia Natural XVI, 249.*

individuos que formaban parte de la sociedad celta y que eran llamados *druidae*, palabra con un claro origen celta que Estrabón o Plinio el Viejo emparentaron con el griego *drus* (“un roble”), siento estos, pues, conocidos como los “hombres de los robles”; pero, frente a esta concepción tradicional, estudios más recientes opinan que este término, lejos de relacionarse con un apodo griego, sería específico del mundo celta y podría derivar de la palabra raíz *dru-wid-es* “los muy sabios” (aunque existen diferentes opiniones al respecto y por ello, también podría tratarse de una palabra derivada de otra celta que se refería a “muy cognoscible”), que se referiría más concretamente a personajes que tenían un gran o sólido conocimiento, relacionando *drúí* con *súi*, que significa «sabio»; *su* (=bien) o *dru* (=fuerte), junto a la raíz verbal *uid* (=saber), en base a las lenguas bálticas, germanas y eslavas, por lo que estos vendrían a ser considerados como “los muy prudentes” o “los muy sabios” (incluso hay quien en base a su origen indoeuropeo los refleja como descendientes de los brahmanes). Pero, en ningún caso parece que se pueda relacionar el término “druidas” con el roble, al que los galos llamaban *vidu*, a pesar de que el roble formaba parte del culto druídico (e incluso los árboles favoritos de los druidas eran el serbal, el tejo y el avellano), por lo que sus funciones e importancia en la sociedad celta no pueden verse como principalmente relacionadas con este.

Sobre la casta druídica, esta pudo tener sus raíces incluso en épocas tan remotas como la Edad del Bronce (IV-V Milenio a.C.) donde los primitivos cazadores-recolectores vieron en los robles una importante y abundante fuente de recursos no sólo alimenticios, ya que con sus bellotas se podía hacer pan (Estrabón nos habla del pan de bellota como uno de los elementos básicos de la dieta en los celtas), sino también por su madera, con la que bien pudieron construir alojamientos (por su resistencia) o simplemente usarla como combustible para sus hogueras; por lo que, se podría deferir de ello que tener un conocimiento de los árboles podía ser básico para la supervivencia y ello representaría una cierta sabiduría para quienes lo poseyeran. Así, la importancia de dicho recurso ya debió ser ampliamente explotada en la Europa templada mucho antes de que los propios celtas iniciaran sus migraciones hacia dichos territorios, de forma que el roble siguió siendo venerado como un recurso valiosísimo y símbolo de una gran divinidad⁸.

Ya asentados en dichos territorios, los druidas pasaron tiempo después a ser reflejados por los autores griegos como una casta intelectual de los pueblos celtas (integrada tanto por hombres como por mujeres), pero su no mención tanto por estos autores como por los latinos antes del s. II a.C. podrían indicar que se constituyeron como una institución relativamente tardía en el desarrollo de la sociedad celta; el propio Julio Cesar pensaba que dicha institución fue creada en Britania y exportada de allí a la Galia, por lo que quizá fue alrededor del siglo II a.C. cuando se produjo dicha expansión y por ello desde ese momento es cuando su existencia quedaría reflejada en los autores griegos, que no la mencionan en contextos ajenos a la Galia, Britania o Irlanda (lugares en los que parece que se extendió y desarrollo con mayor fuerza), por lo que bien pudo esa influencia no haber llegado a lugares como la Galia Cisalpina o Iberia. Pero otros autores defienden que se trata de una institución propia de todos los celtas, y que por tanto se encontraría en cualquier parte donde se constituyera dicho pueblo, aunque quizá serían menos conocidos por existir bajo otra denominación (Diógenes Laercio dice que los gálatas tenían *Semnotheoi*, entendido como un sinónimo de Druida), en un nivel de importancia menor dentro de la sociedad o simplemente porque no son mencionados en dichas zonas por los autores clásicos, los cuales nunca se refirieron a estos como

⁸ Según Frazer, el culto al roble parece haber sido compartido por todas las ramas del tronco ario en Europa, pueblos estos, descendientes de los indoeuropeos.

sacerdotes ni describieron el druidismo como una religión celta ni pre-celta, ya que los celtas tenían un sacerdocio denominado *gutuatri* “portavoces de los dioses”, que conocemos por diversas inscripciones.

Por todo ello, se podría decir que los druidas constituían una casta específica dentro de la sociedad celta con responsabilidades en funciones preferentemente intelectuales, por lo que, es posible que en un primer momento y en la Edad del Bronce, sus miembros fueran considerados como sabios y sabias de los antiguos ancestros celtas (quizá la más avanzada de todas las clases intelectuales entre los pueblos de la Europa antigua), pero que con el tiempo, sus funciones se desarrollaron alejándose de las consideraciones iniciales, y más tarde serían englobados colectivamente por los autores griegos como Druidas, considerados por aquellos como grandes videntes y augures (ya que podían predecir el futuro e interpretar la naturaleza), astrónomos y astrólogos (por su conocimiento de las estrellas y su movimiento, del tamaño del universo y de la tierra, y de filosofía natural), grandes Brujos (pues se les atribuían poderes sobrenaturales), etc. entre otras muchas consideraciones acerca de sus prácticas.

Así, sería fácil pensar que su existencia debió ser, por lo menos, tan antigua como la de los celtas en Europa, por lo que su origen estaría ligado al de los pueblos celtas y a través de ellos con el de los indoeuropeos. Sobre ello, Cesar nos habla del origen britano de sus enseñanzas, pero ello bien pudo deberse a que, en un primer momento los celtas continentales que emigraron allí fueron los que más tarde trajeron el druidismo a su regreso, posteriormente al s. III a.C. (en base a lo cual, los druidas continentales deberían viajar allí si querían mejorar o ampliar sus conocimientos drúidicos, pues sería visto también como un lugar relacionado con el Otro Mundo al que también se accedía por mar y estaba compuesto por islas maravillosas situadas al norte o al oeste, por lo que este supuesto origen del saber drúidico estaría cargado de simbolismo relacionado, no con su saber proviniera de Britania, sino con que este se enraizaría con lo mítico) aunque todo ello siempre se basara en conjeturas y especulaciones sobre las que nada cierto se sabe.

IV. DRUIDAS Y DRYADES

En base a lo expuesto anteriormente, la palabra “*druida*” no se asociaba a una categoría particular de personas relacionadas con algún tipo de sacerdocio celta, sino que servía para designar a una casta dentro de una clase social muy amplia en la que sus miembros no sólo eran sacerdotes, sino también ministros de la religión, depositarios de la tradición, intermediarios entre los dioses y los hombres, jueces, médicos, etc. y que englobaba en ella, asimismo, las figuras de los bardos y vates. Así, Cesar no nos muestra en su relato las subdivisiones, dentro de esta clase sacerdotal, que formaban parte de la estructura social tripartita que nos propone, y que podrían haber existido en ella según Estrabón o Diodoro de Sicilia. Sobre la veracidad de dicha afirmación por parte de diversos autores clásicos, en el relato mitológico irlandés conocido como *Cath Maighe Tuireadh* (“La batalla de Mag Tured”) se nos muestran las funciones o capacidades que conocían y desempeñaban los miembros de cada una de dichas castas en ese ámbito, siendo la clase sacerdotal la más importante y rica en ramificaciones.

Así, la trifuncionalidad que parece existir dentro de la sociedad celta bien podría relacionarse con los postulados de Dumézil; de forma que, la primera clase estaría relacionada con el sacerdocio y en manos de los *druis* (*druí* en Irlanda), la segunda se relacionaría con la guerra y según Cesar la compondrían los equivalentes celtas a los *équites* romanos (*flaith* en Irlanda), y la tercera asociada a la producción, la artesanía, etc. estaría formada por el equivalente a la *plebs* romana. Pero aparte de la distribución

funcional de la clase sacerdotal gala, poco más se sabe sobre las especializaciones de los druidas, excepto quizá en un texto de Hircio⁹, donde se menciona el término *Gutuatro* como nombre propio, pero que, aunque bien podía llamarse así el personaje mencionado, parece más probable que provenga de la raíz celta *gutu* (“voz”) para referirse al “druida que habla”, es decir, posiblemente a la faceta de invocadores de los druidas, por lo que debieron existir numerosas especializaciones dentro de esta casta (quizá tantas o más como en la clase sacerdotal irlandesa).

Tanto Diodoro como Estrabón dividieron en sus escritos la clase intelectual de los celtas de la Galia (que conocían más por su mayor cercanía) en base a las diversas funciones que parece desempeñaban sus integrantes, estos eran: los bardos, los vates y los druidas; los primeros son descritos como cantantes y poetas, los segundos vendrían a ser una especie de sacerdotes religiosos y adivinos encargados de los sacrificios y a la vez filósofos de la naturaleza; mientras que, por su parte, los protagonistas de esta obra eran considerados como, no sólo también filósofos de la naturaleza, sino a la vez de la moral, y por ello se les tenía por los hombres más justos y encargados de dirimir las disputas, tanto entre particulares, como las que afectaban al interés público. Ello les llevo, a tenor de lo que explican las fuentes, a ser tenidos en una gran consideración.

Esta división parece estar confirmada también por los testimonios celtas de Irlanda, donde se nombraba a los *Druí*, los *Bard* y los *Fili*; por lo que, dicho orden social en lo que respecta a la clase intelectual parece provenir de muy antiguo, manteniéndose en los distintos grupos celtas que partieron de un tronco común. Pero no sólo la clase intelectual estaba estructurada por grupos, sino que la propia sociedad celta se encontraba igualmente organizada y dividida en base a las funciones que cada individuo aportaba al grupo; así, como ya se ha mencionado antes, será el propio Julio César quien nos hable de las tres clases o castas en las que se dividían los celtas de la Galia: la casta militar (*équites*), el pueblo (*plebs*) y los intelectuales (llamados *druídes*, siendo curioso que sea esta la única palabra no romanizada que empleó César para referirse a los componentes de dichas castas, lo cual nos refiere la importancia y antigüedad que dichos individuos ostentaban en la sociedad celta o simplemente que este quería que sus conciudadanos entendieran mejor dicha estructuración social).

Sobre los druidas, el propio César nos ofrece bastantes datos en su obra (*De Bello Gallico*, Libro VI), sobre las características de los druidas galos, refiriéndose a ellos como jueces cuyo veredicto era de obligado cumplimiento so pena de no permitir a quien les contradiga la asistencia a los sacrificios (más adelante se ahondara en ello); mientras que, a la vez los define como oficiantes del culto, reguladores de los sacrificios (que realizarían los vates) y teólogos. Pero lo más curioso es su descripción de la jerarquización de su organización, ya que, en principio, de sus palabras se podría extraer que los druidas respetaban y acataban los designios de una sola autoridad superior, que debía ser ocupada por otro druida a su muerte, no en base a la estirpe sino en base a las cualidades que debía demostrar el individuo aspirante para tan ilustre posición y que debía ser elegido por votación, reflejo ello del carácter “democrático” de dicho puesto.

Así, la explicación de César (por otro lado valiosísima para el tema que nos ocupa), nos sigue ofreciendo datos acerca de la formación y adoctrinamiento de los/as aspirantes a druidas, sobre ello explica que muchos eran los jóvenes que se iniciaban en la pesada tarea de instruirse para convertirse en druidas (nos dice que estudiaban durante más de veinte años para memorizar una enorme cantidad de versos), será el propio César quien nos relate, según su modo de entender dicha institución, los motivos que a su juicio inspiraban el interés de dichos jóvenes, quienes lo harían tanto por el

⁹ Cónsul romano y anteriormente Legado de César en su campaña de las Galias, que por ello se encargó de completar su obra *De Bello Gallico*.

prestigio social que alcanzarían como druidas, como por no tener que ejercitarse en el uso de las armas para combatir, ni tener que pagar impuestos de ningún tipo. Todo lo cual haría muy interesante pertenecer a esta casta para los celtas.

Sobre uno de los puntos antes mencionado, Cesar nos dice cómo su religión prohibía a los druidas el poner sus enseñanzas por escrito, pero se sabe que los galos si escribían, aunque utilizando el alfabeto griego (e incluso el latino) para informes públicos o privados; achacando ello Cesar a que no querían que el resto de la población conociera su doctrina y misterios, a la vez que con ello se relajaría la capacidad de memorización de los aspirantes. En lo que se refiere a aspectos vinculados a la religión profesada por los druidas, este se muestra más parco y sólo nos ofrece algunos apuntes principalmente sobre su interesada (a sus ojos) creencia de que las almas no desaparecían tras la muerte, sino que pasaban a otro cuerpo, lo cual era una herramienta muy útil para infundir valor en la casta militar, a la hora de defender al resto de los componentes de la sociedad; destacando también de ellos sus conocimientos astronómicos. Sobre dichas creencias, Plinio nos hablara de que no había nada más sagrado para ellos que el muérdago y su árbol, el roble, utilizando este en sus ritos (tanto en forma de hojas como en infusiones a las que atribuían beneficios como la mejora contra la esterilidad o como antídoto de determinados venenos), cogiéndolo sólo mediante una complicada ceremonia que estipulaba un día concreto (“el sexto día de la luna”), un sacrificio ritual, un banquete a los pies del árbol elegido, etc. para posteriormente subir un sacerdote al árbol, vestido de blanco y con una hoz de oro para cortarlo y transportarlo en un paño blanco. Aunque si se tratara de un ritual y un elemento tan importante para los druidas es curioso que ninguna otra fuente lo mencione en sus escritos, por lo que se desconoce hasta que punto ello se puede asociar a los druidas (aunque Lucano en *Farsalia*, nos dice que los druidas habitaban en espesos bosques y vivían en los arboles).

Sobre la posible aparición de las referencias a bosques de robles en los escritores clásicos a partir del s. I a.C. y asociadas a los druidas, diversos autores como N. Chadwick opinan que ello pudo deberse a que emperadores como Augusto, Tiberio y Claudio pusieron especial interés en eliminarlos, obligando quizá ello a que estos abandonaran su posición privilegiada en la sociedad para esconderse en zonas o regiones de mas difícil acceso (como espesos bosques) para pasar a enseñar y practicar allí sus creencias.

Uno de los aspectos más curiosos y destacables dentro de la institución druídica se refiere a la participación perfectamente aceptada en ella de las mujeres; ya los propios escritores latinos nos hablan de las llamadas *Dryades* o mujeres druidas, a las cuales también hacen referencia las propias fuentes celtas, ya que dentro de su organización social, las mujeres celtas gozaban de un status y una autonomía mucho mayor que las romanas o las griegas, e incluso en determinados casos atestiguados (como en el de Boudicca o Cartimandua) llegaron a ejercer incluso la máxima autoridad dentro de un grupo, llevándolo, de hecho, hasta la batalla (sin que los guerreros pusieran ninguna objeción a ello), pues se trataba de mujeres guerreras con un coraje y valor sino superior sí idéntico al de los hombres. Así, según Plutarco también eran enviadas a menudo como embajadoras, tomaban parte en las asambleas, podían heredar el trono (como ya se ha visto), les estaba permitido ejercer de abogadas o jueces, podían heredar propiedades y mantener en su posesión tanto lo que hubiera aportado al matrimonio como lo que su marido la hubiere regalado durante este si alguna vez se disolvía (ya que el divorcio estaba permitido para ambas partes), eran responsables sólo de sus propias deudas y si sus maridos caían en desgracia por cualquier acto, esto no las afectaba ni a ellas ni a su reputación, además de lo cual, también podían actuar como bardos, médicos

y por supuesto, como Dryades; así, las posibles funciones y derechos de las mujeres dentro de la sociedad celta eran elevadísimos en comparación a otras culturas contemporáneas, hasta que la progresiva llegada del cristianismo y su influencia sobre la sociedad patriarcal relegaron la posición social de las mujeres celtas en gran medida.

De su acceso a la clase sacerdotal existen más indicios en los textos irlandeses que en los relativos a la Galia (menos numerosos y más dispersos); de forma que, en el caso de Cesar, este no las menciona, ni nos habla de colegios de *dryades* en la Galia prerromana, pero sí Pomponio Mela que las define como *bandruidh* y explica que:

“Había en la alta Caledonia mujeres sacerdotisas llamadas bandruidh que, al igual que los druidas varones, están divididas en tres categorías: las de menor autoridad permanecen reclusas y deben observar voto de virginidad perpetua, son las que se encargan de alimentar los fuegos perennes en honor a Dana y Bilé, sus dioses mayores. En la segunda categoría, las sacerdotizas pueden casarse, pero deben permanecer encerradas en el santuario al que están consagradas, y sólo pueden abandonarlo unos pocos días al año, para cumplir con sus deberes conyugales; sin embargo pueden alternar con las gentes, a las que dicen la buenaventura, y leen su futuro en las hojas de muérdago.” “Una bandrui de la clase más alta, jerarquía a la que sólo se accede después de años de estudio y dedicación y un completo rito de pasaje, puede circular libremente, y se dedica a servir al pueblo, y mantener vivas las tradiciones religiosas; narran las leyendas de los guerreros y los dioses, practican la astrología y adivinan el porvenir por la lectura de las víctimas de los sacrificios humanos, que son practicados exclusivamente por los druidas varones”. “Se dice, aunque no he podido comprobarlo personalmente, que las banfilidh más poderosas, como las llaman en su lengua, residen en la isla de Saina, en el Mar interior (mar de Irlanda), tienen poder sobre las tempestades, que pueden convocar a voluntad, pueden convertirse en aves y curar las enfermedades más atroces... Estas mujeres son altamente reverenciadas por el pueblo, pues dominan la magia de las piedras y las hierbas curativas, son las que preparan a los moribundos para el bien morir, preparan hechizos de amor y se ocupan de los nacimientos.”.

Quizá a este texto y a su conocimiento por parte de diversos autores clásicos, se deba el hecho de que la mayoría de estas que son mencionadas por fuentes ya tardías, las asocian más a una especie de “pitonisas” al modo actual que a sacerdotisas propiamente dichas, ya que una de ellas es mencionada en fuentes del s. III d.C. y parece que le profetizó con éxito a Diocleciano su acceso al Imperio; Lamprido también nos refiere la capacidad predictiva de otra de ellas con respecto a la muerte del emperador Severo. No así sucede en el caso de Irlanda, donde las mujeres tenían atestiguada una buena consideración por parte de la sociedad celta y en este caso actuaban también como profetisas, pues no se las relaciona en los textos con sacrificios, ritos, enseñanzas, etc.

Así, en cuanto a las mujeres druidas propiamente dichas, los pocos datos que aportan las fuentes nos hablan primeramente de la importante función oracular que se atribuía a muchas importantes mujeres, que actuaban como transmisoras de la voluntad de los dioses, realizando predicciones sobre el futuro; a la vez que también aparecen como sacerdotisas (casadas en muchas ocasiones) de diversas divinidades. La tradición celta se refería a las mujeres druidas como *bandruaid* o *banfhlaith* y aparecen reflejadas en muchas epopeyas irlandesas (siendo identificadas por los cristianos como hadas o brujas tras abandonar su papel de *dryades*).

V. EL SACERDOCIO Y LAS ESPECIALIZACIONES

Sobre ello, César describió así el carácter y funciones de los druidas: “*atienden el culto divino, realizan sacrificios públicos y privados y explican asuntos de religión; casi todas las querellas públicas o privado caen dentro de su jurisdicción; y cuando se comete algún delito, cuando se perpetra algún asesinato cuando surge alguna controversia sobre cuestiones de herencias o límites de tierra, actúan también de jueces. Fijan los premios y castigos; si un individuo particular o público desobedece sus decretos, es excluido de los sacrificios, lo cual era el máximo castigo para ellos*”. Por lo que, de ello se puede inferir que nada importante se hacía en la sociedad celta sin el concurso de los druidas (cuyas vestimentas se nos describen en diversos textos tanto clásicos como irlandeses, de color invariablemente blanco, quizá como una reminiscencia del simbolismo funcional de los colores indoeuropeos). Pero, para nuestro entendimiento de los distintos aspectos del conocimiento celta, y de tanto las disciplinas como de las técnicas que ofrecían una amplia variedad de especializaciones, hay que basarse irremediamente y como es habitual, en los textos irlandeses.

A pesar de lo cual, las fuentes antiguas nos describen a los druidas como sacerdotes, a los bardos como los encargados de la literatura y la poesía y a los vates como especialistas en la adivinación; y por su parte, el sacerdocio era completo ya que los druidas contaban con todas las atribuciones religiosas (conocimientos teológicos, realización de sacrificios, de cultos, ritos, etc.), además de sus funciones educativas y jurídicas.

En cuanto a los restantes miembros de la clase intelectual celta, parece que en sus orígenes, el bardo (*bard* en Irlanda) era, según lo que se puede extraer de ellos en los textos irlandeses, esencialmente un poeta de corte que realizaba alabanzas o reprobaciones sin utilizarla escritura, y formaron parte de la clase sacerdotal en dos vertientes: los bardos libres (*soerbaird*) y los bardos no libres (*doerbaird*), ordenados en ocho grados de cualificación. De forma que sus poemas no tenían precios fijados por ley, sino que sus ganancias dependían de las dotes de su autor y de la generosidad del destinatario de sus poemas, cuyos géneros parece que debieron ser muy variados, con metros reservados a estos; pero también se dedicaban al canto y a la música. Así, entre los autores clásicos que nos hablan de ellos, contamos con, entre otros, los textos de Posidonio de Apamea y Apiano de Alejandría, los cuales explican que una de las principales funciones de estos sería la de alabar a los soberanos, en su función de garante de la prosperidad y como fuente primera de los ingresos necesarios para su propia subsistencia.

Por su parte, los vates eran considerados como adivinos (*vatis* en la Galia y *faith* en Irlanda, cuyo radical indoeuropeo *vat* se refiere a “estar inspirado, poseído”), oficiantes de los sacrificios y conocedores de predicciones (que en Irlanda actuaban igualmente y dedicados también a la magia, la, medicina, la enseñanza, la música, la guerra, etc.). Cicerón, sin ir más lejos, no duda en señalar al druida heduo Diviciaco como intérprete de presagios a la manera del homérico Calcante y, en cuanto a ello, los famosos sacrificios humanos (de los cuales se hablara más adelante) lejos de suponer una aberración, tuvieron que poseer un significado y una utilidad bien definidas también en el ámbito de la adivinación, de forma que mediante ellos el vate (supervisado por el druida), entraba en contacto con el trasfondo sagrado de la realidad desde el cual extraía el conocimiento de lo trascendente. Pero, aparte de estas prácticas, existían otro muchos medios por los que el vate podía ejercer sus funciones adivinatorias, las cuales, tarde o temprano, parece que siempre llegaban a cumplirse, como se extrae del relato irlandés

conocido como La embriaguez de los ulates, donde se recuerda una profecía druídica realizada muchísimo tiempo antes de ese momento.

Aunque, en muchas ocasiones y en base a los datos existentes, parece que a todo miembro de la clase sacerdotal se le denominaba como druida (salvo quizá los bardos) por los diversos autores clásicos, independientemente de su función o especialización, ya que se trataba de una denominación general referida a todas las aptitudes espirituales, intelectuales, etc. en el ámbito de la teología, la práctica religiosa, etc., es decir, que se ocuparían de todas las ciencias humanas y divinas (aspectos tales como la teología, astronomía, enseñanza, adivinación, predicción, magia, guerra, sacrificios, justicia, etc.).

A pesar de lo cual, dentro incluso de la clase druídica, existieron muy diversos especializaciones en las que sus practicantes destacaban por encima de los demás; estas fueron tremendamente variadas y muchas de ellas no las llegaremos a conocer nunca, pero a modo de breve alusión a algunas de ellas comenzaremos por su reconocida faceta de jueces, numerosamente atestiguada por los autores clásicos (como Cesar o Estrabón), esta era competencia de los druidas en tanto que se entendía como un hecho religioso donde estos eran quienes disponían la sanción última en los tribunales de justicia celtas, que no podía ser desobedecida so pena de exclusión social para el afectado (en Irlanda la negativa a obedecer o *elud* “huida” a dichos dictámenes estaba severamente sancionada con una maldición, acompañada de la pérdida de todos los derechos civiles y religiosos del fugado, así como se establecía una multa a quien les diera cobijo) y, curiosamente, la prohibición de los sacrificios para el o los afectados. Actuaban tanto en los casos públicos como privados, no habiendo lugar a ningún tipo de apelación en contra de sus decisiones (ni siquiera por parte de los reyes), ya que se les consideraba como “los más justos entre todos los hombres”; así, gentes celtas de todos los lugares acudían a las asambleas druídicas allí donde estas se celebraban, con la intención de que estos arbitrarán en sus disputas.

De dichos escritos se desprende que estos tenían una muy amplia jurisdicción dentro de los celtas, ya que se sabe que tenían la capacidad de impedir que dos ejércitos celtas se enfrentaran por el mero hecho de colocarse ante los contendientes, estando estos obligados a detenerse y negociar. Pero también se sabe que ejercieron muchas veces como embajadores (tanto druidas como dryades), para negociar tratados con otros pueblos, etc. de forma que parece que existía un sofisticado sistema legal que se aplicaba a todos los celtas, donde quiera que estuvieren, y que estaba controlado por los druidas (ello se desprende de la codificación de dos sistemas legales celtas como son: la ley Brehon irlandesa y las leyes de Hywel Dda galesas, cuyos sistemas han evolucionado desde principios básicos idénticos, por lo que debió existir en algún momento una ley común), debiendo seguirse sus dictados bajo pena de exclusión social. Pero no sabemos cómo juzgaban los druidas en la Galia y sólo podemos pensar que la justicia “druídica” no se contradecía con la justicia real, ya que el druida inspiraba la sentencia y el rey era el encargado de pronunciarla.

Sobre su faceta de historiadores y narradores, contamos con el testimonio del autor alejandrino Timágenes, quien, a mediados del s. I a.C. recogió en sus escritos muchas de las tradiciones relativas a los celtas; según él, los druidas eran también las autoridades celtas en lo que a la materia histórica se refiere, transmitiendo en sus enseñanzas las historias sobre el origen de los celtas o las grandes gestas de dicho pueblo para que no fueran olvidadas (como fue el caso de la expedición de Brennos); por ello, parece que los celtas acudían a los druidas en busca de información sobre la historia y las genealogías. Los druidas (tanto galos como irlandeses, etc.) utilizaban para ello el concepto de relato “*scél*”, los cuales eran clasificados por géneros (robos, cortejos, combates, raptos, etc.) y no por ciclos o temas como estamos acostumbrados;

así, la recitación de una historia era entendida como una ceremonia que seguía unos ritos y merecía bendiciones tanto para el que la recitaba con exactitud y meticulosidad (con multitud de nombres propios y de lugares que el oyente seguramente conocería sino por existir en su época si gracias a los conocimientos de “historia” que proporcionaban estos relatos con respecto al pasado y en los que la imaginación del especialista druídico no estaría permitida ya que dichos oyentes esperaban de esta fidelidad y exactitud en lo relatado, caso que debía hacer si quería mantener su prestigio pues sus errores o añadidos serían rápidamente detectados), como para el que la escuchaba atentamente, siempre buscando evitar el olvido, ya que probablemente el olvido verdadero no estaría relacionado con la muerte sino con el olvido del nombre. Así, uno de los cometidos de estos especialistas sería el de mantener las “pruebas” de la legitimidad de la soberanía, a través de relatos que se adentran tanto en épocas muy anteriores (cientos de años quizá) que llegarían a convertirse en leyendas si no lo eran ya. De modo que, el druida no sería en ningún caso un servidor del rey, sino un igual jerárquico encargado de informarle y explicarle lo que debía conocer para gobernar adecuadamente su reino.

Así, mientras que los romanos dieron forma histórica a su mitología, transformando los esquemas míticos en rituales, los celtas transformaron su historia en marcos míticos; de forma que, los testimonios o relatos del druida narrador e historiador especializado no tenían un valor de prueba absoluta, sino que se trataba de elementos que formaban una explicación global, tanto del mundo celta como de su clase sacerdotal.

Con respecto a la medicina relacionada con el saber druídico, parece que tanto los druidas como los vates disponían de avanzados conocimientos médicos para la época (llegándoseles a atribuir incluso curaciones milagrosas) y por ello sus especialistas eran muy valorados dentro de la sociedad. En este sentido fue Plinio el autor clásico que nos habla primero sobre los conocimientos médicos de los druidas (de los cuales se tiene constancia también en diversos relatos irlandeses y galeses), cuya reputación era tal que muchos acudían a ellos para aprender sus artes (cuyos conocimientos perduraron en la Galia incluso tras la conquista romana y la desaparición de los druidas), por lo que la sociedad celta parece que estaba muy avanzada en lo que a conocimientos médicos se refería (se han encontrado diversos cráneos que muestran la práctica de la trepanación y en los que el paciente sobrevivió a dicha intervención, a veces practicada varias veces a una misma persona), siendo expertos en hierbas y cirugía, así como en otro tipo de operaciones como trasplantes, cesáreas o, como se ha visto, intervenciones en el cerebro. La mayoría de las sociedades antiguas veían las enfermedades como un hecho provocado por poderes sobrenaturales y buscaban propiciar a las divinidades o conjurar dichos poderes (muchas veces más que realizar acciones para aliviarlas, aunque se sabe que realizaban pócimas que ayudaban a dormir a los enfermos) para acabar con el problema. Así, su cometido principal sería el de mantener o restablecer el sano equilibrio del cuerpo (y del alma) a través de tres aspectos técnicos de la medicina: el mágico (mediante encantamientos, etc.), el sangrante (mediante cirugía) y el vegetal (que se utilizaba en primer lugar antes de pasar a los otros si este no funcionaba).

Otra faceta asociada a la inmensa cantidad de conocimientos que se atribuye a los druidas era su capacidad constructiva (arquitectos), lo cual no es mencionado por las fuentes clásicas pero sí por las irlandesas, donde en el relato, La Segunda Batalla de Mag Tured se dice que uno de ellos trabajó como constructor de fortalezas para el rey. En cuanto a su actuación como embajadores, esta derivaría de su capacidad jurídica asociada a la diplomacia para mediar e intervenir en determinados conflictos o

situaciones (muestra de lo cual nos habla Cesar del famoso Diviciaco, druida y personaje influyente de los heduos que viajó a Roma como embajador para pedirle ayuda contra los secuanos, aliados de los germanos de Ariovisto).

Los autores clásicos mencionan frecuentemente el amor que los celtas le profesaban a la poesía y la música (Diodoro de Sicilia nos dice que los poetas líricos eran los llamados bardos, que cantaban acompañados de instrumentos semejantes a liras, tambores, gaitas, trompetas, etc. piezas como elogios o sátiras), artes de las cuales se encargaban también los druidas, como parte de los conocimientos que se atribuían a la clase intelectual y que parece solían acompañar de danzas. Parece que la cantidad de poemas y cantos que debían conocer los druidas, que eran memorizados también con la finalidad de que la mente hábil y despierta de estos pudiera recordar cada palabra y frase de dichas composiciones en cualquier momento, siendo también a destacar (según nos cuenta Ateneo citando a Posidonio) que eran espectacularmente ágiles para componer nuevos versos en cualquier momento y muchas veces a la vez que los iban cantando.

En cuanto a su faceta de videntes, sobre ello Dión Crisóstomo nos dice que los druidas estaban versados en las artes de la videncia y la profecía, actuaban a veces como augurios en base a la “interpretación de la naturaleza” y su reputación por tales prácticas también fue extensamente conocida. Sobre los métodos que estos utilizaron para tales prácticas escribieron mucho los autores clásicos, posiblemente impresionados por sus conocimientos en la materia, así, no sólo se valían para ello de la observancia de las estrellas, constelaciones, etc. sino que quizá también durante la agonía de la víctima en los sacrificios humanos (como señala Tácito, dándole a esta práctica no un sentido propiciatorio para con los dioses sino con vistas a utilizarlo como instrumento de adivinación), por la observación de las entrañas de los animales (tamaño, forma, color y marcas del hígado o la vesícula biliar), utilizando quizá preferentemente a toros, cuyo culto estaba extendido a todo el mundo celta, pero también otros como cerdos, etc.; en este sentido, la interpretación del vuelo de las aves también jugó un papel importante (no sólo entre los celtas, ya que los propios romanos lo hicieron a expensas de la tradición etrusca, por lo que este tipo de prácticas no eran exclusivas de los druidas sino que estaban muy extendidas), e igualmente sucedía con los sueños. Otra práctica en este sentido era la conocida como *coelbreni* o “palitos de augurio”, en la que los druidas utilizaban palitos de avellano con inscripciones en Ogham cuya caída era estudiada tras ser arrojadas al suelo.

También fue muy importante su papel como astrólogos y astrónomos; sobre ello, los seres humanos se han dado cuenta desde el principio de los tiempos de la importancia para con sus sistemas de vida, del Sol, la luna y las estrellas, y de su influencia sobre las mareas, las estaciones, etc. e incluso sobre las personas (fases lunares); todo lo cual fue desarrollando toda una creencia basada en la premisa de que los movimientos de dichos astros influían sobre la vida en la tierra de forma directa, siendo en un principio la astrología parte de la astronomía. Los autores clásicos también destacan los avanzados estudios en ambas materias que se asociaban a los druidas, Cesar nos dice que conocían las estrellas, su movimiento, el tamaño del universo y el de la tierra, pero también eran partícipes de dicha opinión Estrabón, Diodoro Sículo, Cicerón, Plinio o Tácito entre otros; estos nos explican que conocían bien el movimiento lunar y como este afectaba a las plantas, animales y mareas, predecían las estaciones con exactitud; también conocían bien el curso de los doce signos del zodiaco (se sabe que en el s. II d.C. los celtas britanos conocían el zodiaco en la forma en que nosotros lo hacemos hoy día) y los planetas que en su movimiento pasaban por ellos, así como el nombre de cientos de estrellas.

El calendario celta más antiguo que se conserva procede de la Galia (s. I a.C.), llamado “calendario de Coligny”, el cual se realizó antes de la ocupación romana y es más elaborado que el calendario juliano, ya que tiene una sincronización de la luna con el año solar cada cinco años altamente sofisticada, frente a cada mes están escritas las siglas *MAT* (bueno) o *ANM* (no bueno) y el mes central del verano es nombrado en lengua gala *Giamon*, frente a su homónimo invernal que es *Samon*. EL calendario se compone de sesenta y dos meses consecutivos, divididos cada uno en un periodo de 29 o 30 noches, con una mitad del mes brillante y otra oscura, con semanas de nueve noches (contaban los periodos de tiempo por noches y no por días). Pero sobre si dichos conocimientos fueron desarrollados por los druidas celtas o llegaron a estos a través de otras civilizaciones (como la babilonia a través de los griegos), ello es difícil de precisar, ya que existen autores que apuestan por ello, pero otros afirman, partiendo de la base de que las grandes construcciones megalíticas relacionadas con estas prácticas son consideradas como protoceltas, que dichos conocimientos fueron iniciados por sus antepasados y desarrollados hasta que llegaron a ellos.

Una de sus facetas que más ha calado en el imaginario popular incluso hasta nuestros días fue la de magos; en cuanto a ello, la literatura y la tradición nos muestran también una visión de los druidas como magos y hechiceros poseedores de poderes sobrenaturales, según Plinio, los celtas llamaban a sus *magi* (magos) druidas, y que sus rituales en este sentido pudieron tener raíces persas (los *magi* fueron una casta sacerdotal de la antigua Persia). Así, se les atribuyen hechizos, encantamientos, conjuros, maldiciones, etc. siempre encaminados a influenciar en el curso natural de los acontecimientos humanos.

Asimismo, también en los textos irlandeses se les asocia la función de guardianes de las puertas o porteros en las fortalezas, poblados, etc. vigilando la entrada por turnos de día y de noche para informar al rey correspondiente sobre cualquiera que quisiera penetrar en sus dominios. A la vez que, en ellos, los druidas aparecen muchas veces mencionados formando grupos de tres individuos (normalmente complementarios en su saber y conocimiento), quizá como manifestación de la multiplicidad de sus funciones y doctrinas, que en última instancia cabrían en un único individuo que sería el druida (tres que en realidad serían uno sólo), pero también puede que ello estuviera relacionado con la necesidad de enlazar el sacerdocio druídico con las divinidades de las que eran intermediarios, ya que estas, usualmente, se representaban y organizaban en triadas divinas. Así, en Irlanda se creía en la existencia de tres druidas primordiales, hijos de la diosa Brigit (patrona de las técnicas y de los poetas), que a su vez era hija del dios de los druidas, conocido como Dagda (el “dios bueno” o el “muy divino”); por lo que se entendía de ello que todos los druidas eran dioses como descendientes de tales e intermediarios entre aquellos y los humanos.

Los druidas nunca fueron mencionados por los autores clásicos como sacerdotes (ya que distinguían claramente entre ambas funciones) pero si como filósofos, cuyas enseñanzas y conocimientos se basarían, muy posiblemente, en la filosofía natural, la ciencia natural y la observancia del universo físico para establecer las relaciones entre ello y la humanidad; a lo cual se uniría el estudio y práctica de la moral para conformar quizá una máxima imperante y referida a la necesidad de vivir en armonía con la naturaleza, aceptar el dolor y la muerte como algo natural y parte del plan divino, venerar a los dioses y ser moralmente correcto basándose en la Verdad. Por tanto, el druidismo se configuraba como la columna vertebral de la antigua sociedad celta e incluso habrían alcanzado los cuatro primeros niveles (sino todos) de los cinco que, según Aristóteles, conformaban la antigua sabiduría.

VI. LOS DRUIDAS Y LA SOCIEDAD CELTA

Dentro del sistema organizativo tripartito que se ha mencionado ya antes y en el que estaba inmersa la sociedad celta, cabe destacar que la clase druídica no competía con el poder político (integrado por reyes y guerreros) en importancia dentro de los celtas, sino que estaba asociada a este en armonía, a pesar de que su autoridad espiritual e intelectual de sus miembros les pudiera situar por encima de quienes ostentaban dicho poder; así, cada elemento ocupaba su lugar y los druidas debieron ejercer su función como consejeros cuya dignidad estaría, al parecer, fuera de toda duda (representado ello quizá en la riqueza de sus vestiduras y en el porte de sus armas, pues ejercieron también funciones guerreras en defensa de los intereses de la sociedad celta, como se refleja en diversos textos irlandeses), pero sin rivalizar con el poder temporal.

Sera el propio Cesar quien nos hable de la estructura social tripartita y de la existencia de una jerarquía (aparte de las distintas especialidades) dentro de la propia clase druídica, en base a niveles, títulos o grados de conocimiento; pero sin una autoridad máxima, ya que este menciona, con respecto a ello, el término “preside” y no “gobierna” por ej. para referirse a la existencia de dicha autoridad que, es posible, no existió nunca. Así, el sistema jerárquico (tanto en la Galia como en Irlanda y Gales) debió ser muy flexible, ya que todo aquel que demostrase tener los conocimientos necesarios podría acceder a grados superiores de conocimiento dentro de dicho sistema podía formar parte de la clase sacerdotal, que englobaba toda técnica intelectual o manual, pues eran quienes las practicaban o las supervisaban.

Así, a diferencia de los reyes, el reclutamiento entre los druidas no fue hereditario y podía acceder al sacerdocio cualquiera que tuviese el deseo y la capacidad para hacerlo; pero la selección era muy severa y sólo pocos alcanzaban el rango de druida (dentro de los cuales, como ya se ha visto y en base a las fuentes clásicas, podían aspirar a convertirse en los citados druidas, que se encargaban de la religión, la justicia, la educación, y la supervisión del poder político; en bardos en la Galia y filid en Irlanda que se ocupaban de la poesía y los textos literarios recitados o cantados; o en adivinos, en galo vates, y en irlandés, *faith*). Dentro de la amplia variedad de materias que estudiaban y conocían, ya se han citado varias como la astronomía, cosmogonía y cosmología, teología y fisiología y, según la tradición irlandesa, historia mítica y derecho. César cuenta que los druidas estaban exentos del servicio militar, sin embargo el druida no era solamente un sacerdote, sino que también un guerrero, como se aprecia en el caso del único druida histórico del que tenemos conocimiento, Diviciaco, que fue *uergobretos* (gobernante) de los eduos.

Por tanto, esta división social trifuncional quizá podría estructurarse de otro modo en base a aspectos religiosos, que eran los que principalmente definían a los druidas como intermediarios entre los dioses y los seres humanos; así, la sociedad celta se dividiría en dos sectores prioritarios, cada uno de ellos separado a su vez, en varios niveles claramente delimitados: por un lado estarían las jerarquías religiosas, integradas en orden descendente, por los druidas (sacerdotes, jueces, médicos y en ocasiones administradores de bienes comunitarios), los vates (filósofos, adivinos, expertos en magia y sanadores), y los bardos (quienes se encargaban de cantar las alabanzas a los dioses, difundir las tradiciones y conservar los mitos, además de cultivar la literatura oral y transmitir los relatos de hazañas guerreras a la posteridad); a los cuales habría que unir a los aspirantes que estudiaban para alcanzar tales puestos en la sociedad. Mientras que el otro sector estaría integrado por los elementos laicos de la sociedad, es decir, el resto de la población, estructurada en base a la clase guerrera (*équites*) dentro de la cual

se englobaría a la nobleza, encabezada por el rey, y por el pueblo (*plebs*) que incluiría a los artesanos, obreros, agricultores, ganaderos y al resto de elementos sociales no incluidos en los grupos anteriores (parece que la antigua sociedad irlandesa podría ser descrita como tribal, rural, jerárquica y familiar ya que la familia y no el individuo, era la unidad básica, y donde la posesión de propiedad privada, principalmente ganado y objetos de lujo, era lo que caracterizaba a las familias que formaban las clases privilegiadas por encima de las gentes del común).

En base a ello, la clase sacerdotal ostentaría uno de los puestos relevantes, sino el que mas, dentro de la sociedad celta (si no en poder, si en influencia) continental e insular, ya que además de actuar como sacerdotes, lo hacían como jueces, etc. y tanto sus consejos como sus dictámenes eran muy apreciados y respetados por todos los estamentos sociales, incluida la nobleza y el propio rey. Pero, del mismo modo, al tratarse esta clase sacerdotal de una institución celtica común, sus viajes, reuniones (como el famoso *Concilium Galliarum*, que describe César, en el *Locus Consacratus* de los Carnutos), etc. podría decirse que contribuyeron también a la unión y cohesión religiosa, social y cultural de los pueblos celtas (ya que el no respetar las jerarquías y las capacidades, el desorden en las clases y las funciones, la imprevisión humana y la suma a ello de catástrofes naturales representan los motivos para el fin de la humanidad predicha por los druidas) y el sentimiento de su parentesco a través de el desarrollo de una cosmovisión perfectamente entrelazada con sus ritos y creencias (los celtas estaban convencidos de que sus druidas sabían cómo pedir ayuda a los dioses, cómo invocarlos y de dónde y cómo sacar la magia que les rodeaba, al igual que conocían el misterio de la ciclicidad de todos los seres y cosas del mundo), el mantenimiento del culto a unos dioses que plagaban la totalidad del mundo que les rodeaba, y de unas costumbres, historia, leyendas y conocimientos que durante siglos y siglos se habían ido forjando entre su pueblo y que lo definían como tal.

VII. I. LOS DRUIDAS EN LA GUERRA

Al parecer, pues, los druidas no sólo actuaban como sacerdotes intelectuales, sino como guerreros (a pesar de que Cesar nos informa de que estaban exentos del servicio militar, pero también dice que en caso de optar dos de ellos a la presidencia druídica la elección se podía dirimir por las armas, además de que los textos irlandeses así lo certifican¹⁰ y Diviciaco, mencionado también por aquel, además de ser druida mandaba un cuerpo de caballería); así, los relatos irlandeses nos describen el armamento que los druidas utilizaban en caso de participar en una batalla, portando escudo, espada y dos lanzas.

Por lo que, relacionando ello con las palabras de Cesar (que no tienen porque ser contradictorias), se entiende que, posiblemente, no estarían atados a la realización del servicio militar, pero practicaban y conocían el arte de la guerra para, siempre libres en su decisión de intervención o no, actuar en los conflictos según fuera necesario (mediando tras detener el combate o luchando ellos mismos), pudiendo optar por mediar en ellos (como constata Diodoro o el texto irlandés conocido como *Bruiden bheg na hAlmaine* o “El pequeño albergue de Allen”), pues, tanto los irlandeses como los celtas continentales admitían que se podía poner fin a una guerra o conflicto mediante el juicio o la diplomacia de los druidas (hombres o mujeres), debido al respeto que se les profesaba, sobre todo de índole religioso. Sin contar con que, también es posible que, los druidas no sólo se dedicaran al cultivo de la mente y del alma, sino también del cuerpo y de la destreza para así abarcar todos los aspectos que formaban al ser humano.

¹⁰ En Los relatos de Conchobar, en el Libro de Leinster, donde se dice que Cathbad era druida y guerrero.

VIII. LOS DRUIDAS Y EL REY

Sobre esta relación tan importante dentro de la sociedad celta, según los textos irlandeses, parece que, en los banquetes solemnes, el druida principal posiblemente se sentaba a la derecha del rey, pues se deduce de dichos los textos que era una práctica habitual el hecho de que el soberano fuera elegido por sus pares de entre los miembros de la clase guerrera, pero bajo la supervisión una especie de asamblea de druidas que velaba por la legitimidad, conformidad y regularidad de los candidatos, opinando sobre la elección (como sucedía también en Irlanda, apartándolo de esta mediante una iniciación dirigida y supervisada por los druidas, a pesar de lo cual nunca la abandonaba del todo y se configuraba también como intermediario entre la clase guerrera, el pueblo y la sacerdotal) y cuyas palabras tendrían una gran influencia y podrían incluso determinarla (a través del ritual llamado *tarbhfhes* o “festín del toro” con el que se formalizaba dicha elección de aquel que en lo sucesivo habría de garantizar con su comportamiento la prosperidad del grupo social); por lo que el soberano les debía, en última instancia, su posición y por ello, además de por otras muchas cosas, respeto, ya que de ellos dependía su paso a una posición superior a la del resto de los hombres (excepto a la de ellos) y lo aconsejaban (hablando antes que el rey pero sólo aconsejando) como representantes del poder divino (parece que para ejercer como tales, tanto el rey como los druidas debían estar exentos de toda tara o defecto físico e intelectual).

Así, el druida no daba órdenes, sino que aconsejaba y el rey actuaba (según si estuviera de acuerdo en seguir o no dicho consejo), pues, a pesar de ser la autoridad religiosa e intelectual, parece que los druidas (en general) no pretendieron nunca ostentar el poder temporal (ni en Irlanda ni en la Galia, excepto algunas excepciones), pero ello no dejó de suponer que la realeza celta debió de encontrarse en una posición secundaria ante las autoridades espirituales. Así, los reyes ejercían, dentro del sistema social celta, la función de equilibradores y mantenedores de la armonía y del buen comportamiento dentro de dicha sociedad, debiendo cobrar tributos de forma justa para redistribuirlos después en forma de regalos entre sus súbditos, a la par que debían proteger a los débiles, condenar a los malvados, recompensar a los buenos (pues si hacían lo contrario serían considerados como malos gobernantes) y garantizar tanto la prosperidad como la integridad del reino y de la comunidad en el incluida. Por tanto, la monarquía dependía del poder espiritual y no se concebía sin este ya que, además, parece que el sacerdocio concedido a un individuo era vitalicio, pero los druidas podían despojar a un rey y a sus descendientes de su dignidad real en base a sus malas acciones.

De modo que, ambos elementos en armonía hacia que se mantuviera el buen funcionamiento de la sociedad humana y divina, siempre que se respetaran los derechos y prerrogativas establecidos. Pero ello no está tan nítidamente atestiguado en el caso de la Galia, donde Cesar explica que tal armonía entre el soberano y el druida no era tal, puesto que, a la llegada de los romanos, la sociedad celta continental ya llevaría cierto tiempo en crisis tras una posible rebelión de la clase guerrera contra los reyes, que había debilitado y fragmentado su poder (en los testimonios de Cesar, en la Leyenda de Macha la guerrera y en la Leyenda de Morgan se explica que incluso los reyes reinaban sólo sobre pequeños territorios o incluso podía haber varios dentro de un mismo territorio que reinaban a la vez quizá con especializaciones en sus funciones o por turnos); mientras que en Irlanda, los filid fueron los que, con el paso del tiempo, otorgaban al elegido como rey la vara que le convertía en tal, la cual a veces era cortada

directamente de un árbol sagrado como símbolo de la soberanía real otorgada por los individuos que representaban la sabiduría sagrada, como componente básico este de la soberanía, ya que el rey no podía llegar a serlo ni continuar siéndolo a menos que fuera imbuido con la sabiduría sagrada.

En este sentido, parece que existían varios procedimientos muy usuales que eran empleados por la clase sacerdotal como represalia ante el incumplimiento por parte del monarca de los requisitos ineludibles de la soberanía (ya que esta era la que tenía el imperativo moral de acabar con su reinado cuando el monarca no cumplía con lo que de él se esperaba, haciéndole comprender su error antes de que acabara con la prosperidad del reino.); uno de ellos consistía en derribar el árbol de donde el rey, por mediación de los druidas, había extraído la legitimidad sagrada para su reinado a través de la vara que le fue entregada; aunque también podían recurrir a la ya mencionada sátira.

Por lo que parece que en la Galia el equilibrio y actuación del poder político junto con el religioso se organizaba de otro modo, pues, como se ha visto, las atribuciones reales en época de Cesar parecían ya reducidas o incluso quizá se había optado ya por suprimir la figura del rey a favor de una especie de magistrado elegido anualmente que actuaría como jefe civil (con extensos poderes pero parece que con la prohibición expresa de salir de su territorio y por ello de combatir fuera del), al que se uniría la figura de un jefe militar y finalmente la del druida como magistratura suprema (según Cesar, los druidas continentales poco o nada debieron hacer para corregir dicha decadencia monárquica y social, ya que nos describe también los abusos a que era sometido el pueblo) situada en la cumbre de la jerarquía.

Cabe resaltar las cualidades mágicas que diversos textos irlandeses adjudicaban a muchos reyes, pero siempre relacionadas con la necesidad que se tenía de que estos cumplieran con los preceptos y comportamientos para asegurar la prosperidad de su pueblo que de ellos se esperaban, ya que cuanto más elevada es una la jerarquía social, tanto más ese estado social es exigente con sus dirigentes que debían poseer todas las virtudes que caracterizaban a cada grupo social, pero sin sus debilidades; así, en el texto conocido como *La segunda batalla de Mag Tuired*, aparece el famoso caldero de la abundancia que poseían algunos reyes célticos para alimentar a su pueblo, y de los cuales “*nadie que estuviera hambriento se alejaba jamás insatisfecho.*”. Pero estas cualidades que debían atesorar y mantener los monarcas célticos irlandeses también debían ser tanto físicas como morales, o perderían su condición; de modo que se les obligaba a ser hombres “completos” tanto en el exterior como en el interior, no pudiendo, bajo ningún concepto, poseer discapacidades o imperfecciones que les impidieran efectuar sus actividades acostumbradas (Nuada, rey de las *Túatha Dé Danann*, tras perder uno de sus brazos en batalla, tuvo que ceder el trono a Bres mac Elatha, quien no pudo conservar por mucho tiempo la vara real, pues terminó por incumplir los requisitos que obligaban al rey a seguir en todo momento el ideal de comportamiento que el ejercicio de la soberanía exigía y le fue compuesta una sátira que aludía a su avaricia para acabar con su reinado), debía ser generoso, valiente, no dejarse llevar por los celos (como aparece expresado en las condiciones de matrimonio que la reina Medb de Connacht impuso sobre su marido según le recuerda a este al comienzo de *El robo del toro de Cooley*) ya que podían influir en su imparcialidad como juez en determinados casos.

IX. HISTORIA DEL DRUIDISMO

A pesar de la importancia de la importancia que la institución sacerdotal druídica tuvo dentro de la numerosa sociedad celta, ello no fue razón suficiente para que los

romanos, que en ese momento buscaban extender su imperio sobre todo el Mediterráneo y parte de Europa Occidental, respetaran sus funciones, creencias y papel en los territorios celtas donde se encontraron con ellos; así, pusieron especial cuidado en eliminar todo lo que pudiese desafiar la organización sociocultural romana que se intentaba imponer, siendo los druidas considerados como un elemento peligroso que amenazaba la que Roma estaba construyendo y que debía ser eliminado. Así lo hicieron en la Galia y Britania ya que sus creencias e importancia social podían mover al conjunto hacia una oposición contra ellos que bien pudo haber socavado su influencia y poder en las zonas conquistadas. Todo ello, incluidas las posteriores leyes decretadas por Claudio en su contra, ayudaron sino fueron la causa de la desaparición de estos en los lugares antes citados, sólo el hecho de que los romanos no decidieron o pudieron llegar hasta Irlanda, permitió que allí esta estructura social con la clase sacerdotal al frente se perpetuara algo más en el tiempo, pero lo que no pudieron hacer los romanos en Irlanda con respecto a los druidas, lo hizo el cristianismo siglos después.

De modo que, tras la propagación del cristianismo en aquellas zonas donde anteriormente se asentaron diversos pueblos celtas, la importancia de los druidas dentro de la sociedad se alteró, disminuyendo sensiblemente hasta su final desaparición; poco a poco el conocimiento sobre la cultura celta fue estando cada vez más restringido y sólo para aquellos que conservaron un conocimiento de sus lenguas, mientras que en el ámbito internacional, los druidas desaparecieron de los textos para caer en el olvido. Pero es posible que los acontecimientos no fueran tan drásticos, ya que los druidas, como clase intelectual es posible que se mantuvieran de algún modo tras adaptarse a los nuevos valores religiosos y culturales que trajo el cristianismo, convirtiéndose la figura del druida antiguo en una imagen romántica de una sociedad antigua y desaparecida.

Sera en el siglo XIV cuando, durante el Renacimiento, se recuperó el interés por los escritores griegos y latinos de la antigüedad, resurgiendo las enseñanzas del mundo clásico y representando ello un punto de partida para el desarrollo de su estudio sistemático gracias a que los nuevos medios de impresión permitieron que muchas obras de dichos autores salieron de nuevo a la luz y se facilitó su acceso a una mayor cantidad de gentes ilustradas, siendo así redescubiertos los druidas. Ello influyó para que en la Francia del s. XVI el antiguo pueblo galo (y por extensión los druidas) pasaron a ser considerados como figuras históricas respetables y aceptadas como los honorables antepasados de los franceses representantes de su antigua cultura, comenzando en este periodo a aparecer diversos libros sobre los galos y los druidas, cuyo entusiasmo continuó hasta el s. XVII y se fue extendiendo a otras naciones europeas que también reclamaron su parentesco con ellos, como sucedió cuando se les proclamó también antepasados de los germanos, como se aprecia en la antigua obra llamada *De Dis Germanis*, subtítulo "*La religión de los Antiguos Germanos, Celtas, Galos, Britanos y Vándalos*" de Elías Schedius, publicada en 1648 y en la que se ofrecía una visión de los Druidas ubicándolos aún en sus sombríos robledales, adornados con hojas de roble, adecuadamente vestidos, empuñando un cuchillo manchado con la sangre de un sacrificio mientras una siniestra sacerdotisa se encontraba a su lado con un cráneo humano colgando de la cintura y golpeando un tambor con dos fémures también humanos; tal era la percepción que se tenía de los druidas en aquella época y esa visión se mantuvo durante mucho tiempo.

Dentro de ese ambiente apareció el que sería conocido como el padre de los druidas modernos llamado William Stukeley (1687 - 1765), el cual es considerado como el primero en relacionar el círculo de piedras de Stonehenge con la religión celta, relación que nunca ha sido probada ni históricamente ni por hallazgos arqueológicos, pero que caló también muy hondo en el imaginario popular incluso hasta nuestros días;

por lo que, ya en 1693 se había impuesto la idea de que todos los megalitos habían sido templos de los druidas, siendo Stonehenge su ejemplo más conocido, aunque también se sostuvo que habían sido los sajones sus constructores, por su parecido con las tumbas megalíticas con cámara existentes en Schleswig-Holstein, la patria originaria europea de los anglos, sajones y jutos.

Con respecto a ello, la literatura inglesa de la época no podía sino reclamar también su protagonismo con respecto a su pasado celta y tras la traducción de las obras clásicas al inglés en el s. XVI, comenzó a propagarse la imagen romántica de los druidas que nos ha llegado hasta hoy, a la par que durante el s. XVII-XVIII los anticuarios de toda Europa se basaron en los autores clásicos para pintar sus retratos de los druidas que a la postre quedarían en el imaginario popular durante mucho tiempo, destacando las referencias a sacrificios humanos (como en el caso de “hombre de mimbre” con las víctimas quemadas vivas en su interior); configurando todo ello una extravagante recreación de lo que se suponía eran los druidas, y de la cual surgió el druidismo británico cuyos miembros no se consideraban a sí mismos como un movimiento religioso sino como una “Orden Fraternal”, un Club de Caballeros, en el que muchos de sus autoproclamados como líderes druidas eran masones o Herméticos, cabalistas o rosacruces. Así, en el siglo XVIII, Inglaterra y Gales experimentaron un resurgimiento del interés por los druidas, inspirado por anticuarios como John Aubrey, John Toland y William Stukeley.

En 1740 vio la luz el trabajo de John Toland "Historia crítica de la religión Celta" que en posteriores ediciones se llamó "Historia de los Druidas", llegando incluso a formar su autor una de las primeras Ordenes druidas, centrada en la Tradición Primordial. A todo ello se unió la influencia de los ideales naturalistas del romanticismo, contribuyó a que se fundara en 1781 en Inglaterra una orden druida que se dedicó a defender la tolerancia, la humanidad y la dignidad humana, ya que sus fundadores veían representada en la clase suprema de los celtas a la ciencia, arte y sabiduría.

Poco después y ya a mediados del s. XVIII los druidas, en su aspecto de venerables adoradores de la naturaleza, aparecieron en los poemas de los precursores del movimiento romántico (como John Thomsin o William Collins) ya que la idea de una “religión natural” antigua y verdadera atrajo a muchos intelectuales de la época como escritores y artistas, pasando la imagen de los druidas a la de venerables sabios de la antigüedad. El interés fue en aumento e incluso en 1792 se diseñó en Gales una ceremonia para el solsticio de verano, donde jóvenes druidas se consagraron a un "archidruida"; este movimiento iba unido a la búsqueda en Gales e Irlanda de una historia independiente de Inglaterra con raíces celtas y ganó adeptos muy rápidamente en el ámbito del movimiento nacionalista, ya que presentaba un atractivo adicional era el carácter oculto asociado a estas figuras, en una época donde las logias secretas estaban en auge.

Ya en el siglo XIX, no dejaron de fundarse órdenes de dudosa credibilidad que afirmaban estar basadas en el druidismo histórico. El actor principal en esta reinvenición del druidismo, motivado por Henry Hurle, fue Edward Williams, mejor conocido como Iolo Morganwg, cuya obra, publicada como los manuscritos de Iolo (1849) y Barddas (1862), no fue considerada creíble por los movimientos de Druidismo contemporáneos, a pesar de que Williams afirmó haber encontrado un mapa cosmológico auténtico basado en la tradición Galesa (ya que decía que había sido traducido de un escrito original gales), llamado “Barddas”, como una especie de compendio de conocimientos antiguos, en un "Gorsedd de vates de las islas de Gran Bretaña", donde se indicaba que *“en el principio existía Dios y Cythrawl, la energía positiva y la negativa. Dios*

pronunció su nombre y creó Manred, la sustancia que conforma el universo". Pero muchos eruditos creen que gran parte, sino todo lo que aparece en dicho texto fue inventado por el propio Iolo, a pesar de que una gran parte del trabajo parece ser de origen meso-pagano, aproximadamente del 600 a.C. pero este ni siquiera es considerado por los eruditos más estrictos. De cualquier modo, ello no supuso un problema para el druidismo Británico actual, el cual está mayoritariamente basado en los escritos de Iolo Morganwg (Edward Williams) que se alimenta de la cosmología Galesa y separa el mundo en tres círculos concéntricos: Annwyn, Abred y Gwynfyd; existiendo también un lugar "donde habita Dios" y que es llamado Ceugant.

Con el gran resurgimiento celta en todos los países hacia finales del siglo XIX, fue en 1901 cuando se fundó el Gorzez Gourenez Breiz Vihan (El Gosserd Bretón), reuniéndose en Guincamp bajo el patrocinio de la Unión Regionalista Bretona. En Cornualles hubo también un resurgimiento de la lengua córnica, que había dejado de ser un vehículo de comunicación general a principios del siglo XIX y hubo movimientos para crear un gosserd. En Gran Bretaña acontece en esa época (XIX) una fiebre constructora de "templos drúidicos". Como ejemplo de dicho fervor contamos con el caso del Mariscal de Campo Henry Seymour Conway, antiguo gobernador de Jersey, quien edificó Temple Combe, Berkshire, construido con megalitos auténticos; y siguiendo sus pasos, numerosos "Templos Druidas" fueron construidos en las tierras privadas de la nobleza, siguiendo la nueva moda del resurgir de los druidas.

En la actualidad, el druidismo se ha escindido en diversas vertientes, que incluyen desde Ordenes Druidas con estructuras similares a las ordenes masónicas o de alta magia, a Ordenes que aceptan cualquier divinidad y no se consideran politeístas sino universalistas; además de ordenes druidas cristianas, ordenes reconstruccionistas y totalmente politeístas u órdenes basadas únicamente en el pensamiento filosófico drúidico y no en su espiritualidad. Apareciendo así el llamado Neodruidismo o Druidismo contemporáneo como movimiento religioso y filosófico asociado a la corriente religiosa del neopaganismo occidental y considerado como un sucesor directo de los druidas de la antigüedad, ya sea en la forma de un camino espiritual y filosófico, de una religión o de un movimiento cultural.

Así, los druidas estaban a la vez siendo reivindicados tanto por los ingleses como por franceses, galeses (donde parece que las tradiciones drúidicas sobrevivieron con más fuerza), etc. mientras su recuerdo permanecía y la visión tanto de estos como de su cultura variaba según las concepciones de los intelectuales que trataron sobre el tema, hasta que ya en el s. XX, incluso el movimiento Hippie de los años 60 los puso de moda otra vez como prototipos antiguos de muchas ideas New Age.

X. CONCLUSIÓN

Todo lo expuesto anteriormente, a pesar de las limitaciones lógicas que se imponen siempre con respecto al estudio de la antigüedad y más aún en el estudio de estructuras sociales y figuras destacadas dentro de ellas, nos ofrece una visión de los druidas como aquellos individuos encargados de componer los relatos que conformaban la auténtica tradición como miembros de la clase intelectual, eran quienes se encargaban de administrar la relación del grupo social con lo trascendente (sólo ellos de entre todos los miembros de la comunidad estaban plenamente capacitados para alcanzar a penetrar con su visión el trasfondo último de la realidad) y estaban en posesión de la última palabra en muchos aspectos relativos a la sociedad (religión, justicia, etc.). Fueron, además, los maestros de la verdad y de la tradición, pues, gracias al mito, entendido este no como relatos, sino como soporte de un pensamiento no alfabetizado, llegaron a

constituirse en los auténticos educadores de su pueblo, no sólo con la misión de mantenerlo en armonía y prosperidad, sino para integrar lo humano (sociedad), lo sagrado (dioses) y la naturaleza.

Así, impregnaron toda la antigüedad celta, ya que ningún aspecto de la vida social, política, intelectual y religiosa de los celtas quedaba fuera del ámbito de los druidas, lo cual es una clara muestra de la preeminencia que ostentaba la clase sacerdotal dentro de la estructura social celta. Es por ello que se trata de un tema complejo y extenso del cual difícilmente llegaremos a saber tan sólo una mínima parte debido a todos los aspectos que abarcaba y a la carestía de fuentes directas, de forma que sólo a través de autores exógenos ajenos a los aspectos internos de la cultura celta (o internos pero cristianizados y muy posteriores en el caso de Irlanda) y que nos los muestran unas veces como filósofos, otras como sacerdotes, etc. en función de la concepción imperante en el momento y la cultura en que escribió cada autor o en los del que se basó para, simplemente, repetir tópicos ya conocidos por sus contemporáneos (salvo pequeños detalles en algunos casos). Como ya hemos visto, los druidas cumplieron todas esas funciones y muchas más, pero nunca fue del todo comprendida su implicación y preeminencia en todos los aspectos de la sociedad celta, por autores, no sólo ajenos a ellos, sino también a su cultura, cuyo conocimiento sería básico en cuanto a ellos.

La concepción que de los druidas han transmitido dichos autores, no sólo debió calar y formar parte del imaginario colectivo de sus contemporáneos, sino que, con variaciones y adaptaciones, ha llegado desde el Renacimiento hasta nuestros días, mostrando de ellos una visión deformada y lejana que poco tiene que ver con sus verdaderas funciones e importancia y que los ha acercado más al ámbito de la leyenda que al de la historia. Ello ha podido deberse, en parte, a que, por un lado, las fuentes irlandesas son escritas, muy tardías e imbuidas de una nueva concepción religiosa cuyos principios marcaron y dirigieron su elaboración; mientras que en el caso de los celtas continentales, no tenemos constancia escrita de su propia mano y sólo contamos con vagas alusiones y elementos iconográficos, epigráficos, etc. que aunque son contemporáneos apenas nos ofrecen información fiable.

Por lo que, como único medio que podría aportarnos cierta veracidad sobre el papel de los druidas en la sociedad celta, los autores especializados se han afanado en desentrañar lo que de cierto puede extraerse de dichos textos irlandeses, etc. (en la medida en que han preservado datos sobre las sociedades precristianas) para aplicarlo, con todas las reservas necesarias, a la Galia en base a la escasa información que aportan los clásicos sobre el tema, para dilucidar de algún modo lo que allí sucedía, que no parece debió distar demasiado (teniendo en cuenta la distancia y las características particulares de desarrollo, pero también las antiguas bases comunes que compartían, en cuanto a la religión y a la tradición) de lo que sucedía en Irlanda.

De este modo, la verdadera visión que de los druidas se debería extraer de las fuentes disponibles, es que se trataba, ante todo, de unos enormes eruditos (en base a su constantemente ejercitada capacidad memorística), que actuaban como historiadores exigentes (a quienes pertenecía el pasado y predecían el porvenir), aplicados doctores, juristas inteligentes (eran quienes enseñaban y juzgaban), expertos botánicos, hábiles diplomáticos, poetas capacitados, etc. todo ello si sólo nos ceñimos a lo material y científico, pues en cuanto a lo inmaterial y mágico de ellos se dice aún más.

BIBLIOGRAFÍA

- CÉSAR, Cayo Julio. *Comentarios de la guerra de las Galias*; [traducción del latín por José Goya y Muniain]. Espasa-Calpe. Madrid. 1983.
- BERRESFORD ELLIS, Peter. *Druidas. El espíritu del mundo celta*. Oberon, Madrid, 2001.
- GARROBO ROBLES, Raúl. *El druida, el rey y la soberanía sagrada. Aspectos míticos del antiguo pensamiento céltico irlandés a través del espejo de la primera Grecia*. Eikasía. Revista de Filosofía, año III, 17 (marzo 2008).
- GUYONVARCH, Christian J., LE ROUX. Françoise. *Los Druidas*. Abada Editores. Madrid. 2009.
- LÓPEZ FERREZ, Juan Antonio. *Los celtas en la literatura griega de los siglos VI-I a.C.* CFC (G): Estudios griegos e indoeuropeos. 2006.